



Val McDermid

DELITO EN LA PIEL

La muerte de un niño siempre causa un gran impacto. Y cuando esa muerte ha sido provocada, un policía no puede dejar el caso sin resolver.

La pequeña fallecida en un incendio intencionado era Katie Farrell, la hija de Jack Farrell, conocido capo de la mafia, al que el policía Andy Martin lleva tiempo siguiendo la pista. El asunto se complica cuando un cadáver tatuado, que será identificado como Farrell, aparece flotando en el canal de la Mancha. La muerte de varios enemigos del mafioso sumergirá a Andy en las complejidades de un caso donde el crimen, la seducción, el lujo y el engaño le tocan mucho más de cerca de lo que podía imaginar.

Índice de contenido

Cubierta

Delito en la piel

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Sobre la autora

Notas

Capítulo 1

La muerte de un niño siempre provoca dolor: a familiares, amigos e incluso a extraños. Si esa muerte es un asesinato, al dolor se le añade la ira. La única diferencia es que hay más extraños implicados: los médicos deben discernir cómo sucedió; la policía tiene que averiguar quién lo hizo; los periodistas se lanzan sobre el caso como abejas sobre la miel. Todo el mundo se lo toma a pecho.

Así sucedió cuando murió Katie Farrell. Desde el principio fue evidente que el fuego que acabó con su vida no había sido accidental. Los bomberos olieron a gasolina en cuanto llegaron. Además, el incendio se había originado justo en la puerta de su habitación, un lugar donde la gasolina no pintaba nada. El resto de los ocupantes de la casa (su padre, su madre y la joven española que se encargaba de las comidas y del cuidado de Katie en ausencia de éstos) consiguieron escapar con relativa facilidad. Pero la niña no. Katie no tuvo ninguna oportunidad.

Me llamo Andy Martin y soy policía. Me enteré de la muerte de Katie Farrell por una llamada telefónica que me despertó alrededor de las dos de la madrugada. No suelo ocuparme de esa clase de delitos. Mi campo de actuación es el crimen organizado y mi equipo trabaja en casos contra grandes criminales: gánsteres, extorsionadores, traficantes de drogas, ladrones a gran escala. Basura, sí, pero no precisamente la clase de basura que quema a una niña de nueve años en su propio cuarto.

Requirieron mis servicios porque Katie Farrell no era una niña cualquiera. Era la hija de Jack Farrell, y yo era el experto mundial en Jack Farrell. Siempre que su nombre aparecía en cualquier ordenador de la policía, saltaba un aviso que decía: «Llamar al inspector jefe Andy Martin». Farrell no tenía antecedentes, pero eso no significaba que fuera un hombre inocente. La gente de Farrell estaba involucrada en casi cualquier actividad delictiva que se os ocurra: drogas, armas, putas, porno. Podéis nombrar cualquier delito y seguro que ellos tienen algo que ver. Compraban y vendían vidas humanas como si fueran gangas de eBay. Llevábamos años detrás de Jack Farrell, pero nunca habíamos conseguido echarle el guante. Seguía siendo lo que conocemos como un tipo limpio: alguien sin antecedentes criminales, lo que significa que posee todos los derechos y libertades de que disfrutan los ciudadanos decentes. Pero yo sabía la verdad. Y le tenía tantas ganas a Jack Farrell que casi podía masticarlas.

De modo que me llamaron, claro. Porque Katie Farrell estaba muerta. Muerta de una manera que indicaba que alguien había decidido herir a su padre donde más le doliera.

Cuando llegué a Hampshire, Jack Farrell estaba descalzo en la puerta de una casa cuyas dimensiones eran casi la mitad del estadio de Wembley. A excepción de los pantalones cortos y una manta que alguien le había echado sobre los hombros, iba desnudo. Parecía que el muerto era él.

Aquella noche vi dos cosas que no había visto antes. Vi a un hombre cuya hermosa vida había quedado destrozada de un solo golpe. También vi los tatuajes de Jack Farrell.

Me los habían descrito: colores vivos, dibujos dramáticos, los mejores ejemplos de la habilidad de un artista del tatuaje. Un dragón le cubría el torso: la cola desaparecía en la cinturilla del pantalón corto sólo para resurgir cruzando el muslo izquierdo. Cada escama verde estaba limpiamente grabada. Una lengua de fuego escarlata lamía el lado derecho de su pecho, ascendiendo hacia el hombro. En un bra-

zo distinguí a un guerrero samurai, con la espada en alto como si se dispusiera a atacar al dragón. En el otro brazo, una hermosa mujer cubría su desnudez con las manos y una larga mata de cabello rojo. Era una historia sin palabras, escrita sobre el cuerpo de Jack Farrell.

También era una historia que solía mantener oculta. Durante todo el tiempo que llevaba vigilando a Farrell, nunca le había visto en manga corta. A diferencia de muchos criminales, que exhiben los tatuajes como si fueran una prueba visible de su dureza, el arte del cuerpo de Farrell quedaba reservado para la intimidad. Había oído que se quitaba la camisa cuando estaba a punto de matar a alguien a sangre fría. Por la calle corría la leyenda de que los tatuajes de Jack Farrell eran lo último que habían visto en este mundo algunos chicos malos. Era otra forma de asegurarse de generar temor en sus oponentes.

Pero aquella noche Jack Farrell no habría asustado a nadie. El fuego le había robado algo más que a su Katie. Era una cáscara vacía, todo su fuego interno se había desvanecido. Acompañé al policía que se ocupaba oficialmente del caso cuando fue a hablar con él, y era como hablar con alguien que ya se ha ido para siempre.

Procedimos a formular las preguntas de rutina a las que Farrell contestó como si fuera un robot.

—¿Advirtió la presencia de algún extraño, de alguien que no debía estar aquí? —preguntó el policía.

Los ojos de Farrell perdieron su expresión vacua y su cuerpo se tensó.

—Si hubiera notado algo, me habría encargado de ello —espetó.

—¿Qué quiere decir con que «se hubiera encargado de ello»? —pregunté.

La mirada de Farrell me recorrió desde la cabeza hasta los pies. Parecía a punto de recuperar sus fuerzas, como si acabara de percatarse de que quizá la muerte de Katie no fuera lo único malo que podía sucederle esa noche.

—Habría llamado a la policía —dijo él—. ¿Qué creía que quería decir?

No contesté y me limité a sostenerle la mirada. Al final fui yo quien rompió el silencio.

—¿Y algún enemigo? —dije—. ¿Hay alguien que pueda tener algo en su contra? ¿Alguien a quien pueda haber provocado?

Mantuve la voz firme y tranquila, actuando como si no tuviera la menor idea de la clase de vida que llevaba Farrell.

—¿Está intentando decirme que es culpa mía? —El robot se había esfumado y de la sombra había surgido un hombre que sufría. La emoción contrajo su rostro—. Esto no es normal. Esto no es lo que sucede cuando cabreas a alguien. Esto tiene que ser obra de algún tarado.

Se dio la vuelta, ajustándose la manta como si de repente hubiera caído en la cuenta del frío que hacía.

—Dejen que llore a mi hija en paz —dijo, en voz tan baja que casi no llegué a oírle.

Se alejó. Me dispuse a seguirle, pero el policía local me agarró del brazo.

—Por el amor de Dios —dijo éste, mirándome como si yo no fuera humano—. Ese hombre acaba de perder a su hija.

Me desasí de su mano.

—No tienes ni idea de con quién estás tratando, ¿verdad? Deja que te cuente algo sobre Jack Farrell: si creyera que matar al crío de alguien era la mejor manera de llamar su atención, lo haría sin pensárselo dos veces. La única sorpresa es que alguien tuvo los huevos de hacérselo primero.

Capítulo 2

Cuatro horas más tarde nos unimos al equipo local. Mi jefe habló con quien estaba al mando y dejó claro quién dirigía el cotarro: nosotros. No les hizo mucha gracia, sobre todo porque seguirían ocupándose del trabajo pesado mientras nosotros nos sentábamos a la sombra y nos apuntábamos el tanto.

Repartí las tareas durante la reunión matutina. Envié a un equipo a ver a la mujer de Farrell, Martina, que estaba encerrada en su piso de Chelsea. La niñera española había sido ingresada en el hospital, intoxicada por la inhalación de humo, de modo que envié a otro grupo para que la interrogara tan pronto como se hubiera recuperado.

Por supuesto, no tenían ni idea de dónde se había metido Jack Farrell. Poco después de hablar con él, había aparecido un Jeep Cherokee conducido por un individuo rapado al que identifiqué como uno de los hombres de confianza de Farrell. Éste había subido al vehículo y se habían largado. Supuse que los polis locales habían exigido saber adonde se dirigían. Pero no. Le habían dejado partir Dios sabe dónde sin anotar nada más que el número de teléfono de su abogado.

Sin embargo, eso no me preocupaba. Aunque ellos no supieran dónde estaba Jack Farrell, yo me lo imaginaba. Sabía que era un hombre de costumbres fijas. Le habíamos seguido de cerca hacía unos meses y su rutina diaria no se alteraba nunca. No necesitamos muchos días para com-

prender cómo había conseguido mantenerse limpio durante tanto tiempo. Sabía exactamente cómo llevarnos un paso de ventaja. Vigilarlo era absurdo: Jack Farrell nunca daba un paso en falso. Llevo en este trabajo media docena de años y nunca me he cruzado con nadie que se tomara tantas molestias para asegurarse de seguir intocable.

Cité a los dos detectives de la policía local que estimé menos imbéciles.

—Espero que a estas alturas os hayáis dado cuenta de que Jack Farrell es un mal bicho. Ahora quiero que volváis a hablar con él —dije—. No insistáis demasiado: limitaos a repasar los acontecimientos de anoche una vez más. Pero presionad un poco en el tema de por qué alguien querría atentar contra su encantadora hijita.

Intercambiaron miradas cargadas de incomodidad.

—Ignoramos dónde está Farrell, señor Martin —dijo el más joven, con el cuello rojo de vergüenza.

—Ya lo sé. Y tampoco es que pueda afirmar con seguridad dónde se encuentra en este mismo instante. Pero creo que sé dónde podemos pillarle. Así es como solían ser todas las mañanas antes de hoy. A las siete y media un BMW negro cuatro por cuatro se acerca a las puertas de la mansión de Jack Farrell. Al volante va Francis Riley, más conocido como Fancy, el número tres del equipo de Farrell. El asiento del copiloto lo ocupa Danny Chu, el número dos de Farrell.

»El coche asciende hasta la casa y Farrell sale vestido con pantalón corto y camiseta de jogging. Chu, ataviado de la misma guisa, se apea del todo terreno y recoge un porta trajes de manos de la niñera española, que le espera en la puerta. Mete el porta trajes en el coche, y luego Chu y Farrell empiezan a correr a ritmo no demasiado rápido. ¿Me seguís?

Los dos hombres asintieron como si fueran un par de marionetas.

—Tras correr casi cinco kilómetros campo a través, los dos entran en el aparcamiento de Smithson, que, según tengo entendido, es el club de ocio más selecto de Hampshire. Allí les aguarda Fancy Riley con el porta trajes. Los tres entran juntos. Chu se dirige al baño de vapor mientras Riley y Farrell nadan veinte largos y luego pasan diez minutos en la bulliciosa sauna del club.

»Después se sientan a desayunar. A la misma mesa todos los días. Hablan de deportes, de sus familias y de los mercados bursátiles.

Lo sabía porque habíamos instalado micrófonos en la mesa. Pero no hay forma de pinchar una piscina o una sauna. Y aunque los polis de la tele hagan cualquier cosa, lo cierto es que en la vida real resulta casi imposible captar una conversación entre dos hombres que corren por el campo.

Un par de días siendo la sombra de Jack Farrell fueron suficientes para enterarnos de cómo funcionaba su imperio. Chu y Riley informaban a Farrell durante los ejercicios matutinos y Farrell dictaba sus órdenes a esa misma hora. Nunca hablaban de negocios ilegales en coches, oficinas, hogares o restaurantes a los que acudían habitualmente. En cualquier lugar donde pudiera ser escuchado electrónicamente, Jack Farrell aparecía como Don Limpio. La rutina era una fuerza. Pero también podía convertirse en una debilidad.

Sonreí a los dos polis rurales.

—Y es ahí donde vais a encontrar a Jack Farrell: en pantalón corto en el aparcamiento de Smithson. Teniendo eso en cuenta, sólo vais a estropearle el desayuno, ¿está claro?

Parecían algo dubitativos. El más joven, un chaval pelirrojo con pecas que parecían un sarpullido, dijo:

—Su hija acaba de morir. ¿Cree que estará nadando en la piscina del club? —Su voz fue convirtiéndose en una especie de quejido al final de la frase.

El sargento Ben Wilson, mi hombre de confianza en todas las operaciones a gran escala, se inmiscuyó en la con-

versación.

—Bueno, ahora ya no tendrá que preocuparse de quién va a buscarla al colegio, ¿no?

Los dos agentes se quedaron como si hubieran recibido una bofetada. Lancé una mirada dura a Ben. Los polis locales de bajo rango nos odian por meternos en su camino. No hace falta darles más motivos para su falta de aprecio.

—No le hagáis caso —dije, intentando imprimir a mi voz un tono de colegas—. Lo criaron los lobos. Y sí, creo que Farrell estará en el gimnasio y voy a explicaros por qué.

»Quienquiera que hizo esto, pretendía la caída de Jack Farrell. Ya fuera por venganza o por arrebatarle los negocios, ha sido un golpe bajo. Llevo mucho tiempo vigilando a Farrell y creo que se han equivocado. La muerte de Katie no hará que Farrell tire la toalla. Aun al contrario, hará que clave los talones en su Terreno: no sólo seguirá al mando, sino que aplastará a cualquiera de quien sospeche que ha tenido algo que ver con lo que le ha sucedido a su hija. Así que hoy tiene órdenes que dar. Y ésa, chicos, es la razón por la que estará en el gimnasio en un día como hoy.

Los envié hacia allí, con el convencimiento de que tenía razón.

Dicen que el orgullo precede a la caída. De modo que debería haber estado preparado para el hecho de que, a la hora del almuerzo, todo estuviera cabeza abajo.

Capítulo 3

El primer equipo en regresar fue el que había enviado a hablar con Martina al blanco y mullido apartamento con vistas al río. Tan pronto como entraron supe que las cosas no habían ido bien. Cabizbajos, con los hombros hundidos, habían perdido el aire resuelto con que habían abandonado la oficina unas horas antes.

Se acercaron a la mesa que yo había invadido.

—¿Y bien? —pregunté, enarcando las cejas.

—No, nada ha ido bien —dijo la agente de policía—. Está en el limbo.

—Está en otro planeta —convino su compañero—. Sedada. Y no hablo de la clase de drogas que uno toma cuando sale de fiesta el fin de semana. Más bien de la clase que te administran los médicos cuando quieren que dejes de pensar en que tu hija ha muerto.

—El médico la ha dopado hasta las cejas —dijo la mujer—. No vamos a sacar nada de ella. Al menos no en esta vida.

—¿Creéis que el médico obedece órdenes de Farrell? —pregunté.

Me interesaba qué opinaban personas que hasta ahora no habían tenido nada que ver con Farrell.

La mujer se encogió de hombros.

—Perder así a un hijo debe de darte ganas de escapar de todo. Creo que el médico le está dando lo que ella quiere.

—Sí, y cuando vuelva de su paseo espacial quién sabe qué recordará —añadió su compañero con aire taciturno.

Tuve que darle la razón. Martina no iba a sernos de mucha utilidad. En ese estado no podía decirnos nada sensato sobre quién podía querer prenderle fuego a su hija ni por qué. Y algo más importante, en lo que respecta a su marido tampoco podría decirnos dónde estaba o en qué andaba metido.

Las cosas empeoraron cuando regresó la segunda unidad, a la hora del almuerzo. Habían salido con aspecto decidido y diligente, el aire que adoptan los jóvenes policías cuando tienen una tarea que cumplir. Ahora se les veía deprimidos, más avergonzados que enfadados a diferencia de la pareja anterior. El corazón me dio un vuelco. «Eso es lo que se consigue cuando se envía a chicos a hacer un trabajo de hombres —pensé para mis adentros—. Los han vencido».

En realidad era aún peor.

—Se ha largado —dijo el más bajito y delgado de aquel par que recordaba a Laurel y Hardy. Aunque no había mucho de lo que reírse.

Hardy asintió con semblante desgraciado.

—Ni idea de su paradero. El hospital la trató por los efectos del humo y luego le dio el alta. Teníamos a un par de chicos esperando para hablar con ella, pero dijo que estaba demasiado afectada. Dijo que Farrell le había ordenado que se instalara en un hotel de la zona, de modo que nuestros chicos la llevaron hasta allí. Pero no se registró.

Se miró los zapatos. Parecía tan impresionado como sus colegas como yo.

—Fantástico —dije en tono amargo—. Supongo que no se os ocurriría comprobar si había ido a cualquier otro hotel, ¿verdad? ¿Sólo por casualidad?

—Por eso hemos tardado tanto —señaló el más delgado—. No se ha registrado en ningún hotel de por aquí.

Suspiré y moví la cabeza.

—De acuerdo. Supongo que ya es demasiado tarde, pero comprobad los aeropuertos y las líneas aéreas. Veamos si Manuela se ha largado ya a España. Y, de no ser así, controlad todos los puntos de salida.

Los despedí con un gesto y me giré para enfrentarme a Ben Wilson.

—Empiezo a dudar de si tenía razón en lo de que Farrell se atendería a su rutina diaria —dije.

Ben masticó con fuerza el chicle de nicotina mientras su cara de bulldog dejaba traslucir una mueca de disgusto.

—No tardaremos en enterarnos —dijo, señalando la puerta—. Ya están aquí. Y parece que vienen con las manos vacías.

Seguí la dirección de su mirada. Los dos chicos que había enviado en busca de Jack Farrell acababan de entrar. Entre ambos, donde debía haber estado Farrell, había un espacio vacío.

—No se presentó, jefe —dijo el pelirrojo tan pronto se hubo acercado lo bastante para no tener que gritar.

—No soy tu jefe —corté tajante—. De lo cual me alegro, la verdad. ¿Estáis diciéndome que Jack Farrell no se ha acercado hoy al Smithson?

Ambos asintieron.

—¿Qué hay de Danny Chu y Fancy Riley? ¿Se dejaron caer por allí?

El pelirrojo lanzó una mirada rápida a su colega. Una mirada que decía: «Oh, mierda». Ambos se movieron, incómodos.

—No importa —dije, con un suspiro—. De acuerdo, esto es lo que vais a hacer. Llamad al abogado de Farrell y concertad una reunión aquí. Decidle que necesitamos tomarle declaración a Farrell sobre el incendio. Decidle que tiene que ser cuanto antes.

Se largaron, dejándome a solas con Ben.

—¿Qué opinas? —pregunté.